

Golpes de estado, represión y juicios por las violaciones a los derechos humanos en la memoria de nuestros adultos mayores

Mariano D. Fabris (UNMdP - CONICET)
Marcela P. Ferrari (UNMdP - CONICET)

Entre 1983, luego del fin de la última dictadura militar, y diciembre del 2001, Argentina atravesó un período de continuidad institucional. Esta afirmación cobra toda su fuerza frente al largo periodo de inestabilidad precedente, abierto con el golpe de estado que derrocó a Hipólito Yrigoyen en 1930.

La primavera política que comenzó con la retirada militar fue acompañada de un discurso público aceptado por la mayoría de la población que revalorizó la democracia como forma de hacer política y la defensa de los derechos humanos. El voluntarismo de ese tiempo, sintetizado en la mítica frase “con la democracia no sólo se vota, sino que también se come, se educa y se cura”¹ potenció las expectativas más optimistas de la sociedad hasta hacerle perder de vista tanto la verdadera relación de fuerzas existente entre el nuevo gobierno y los grupos de presión, como la grave situación de la economía argentina luego de los años del llamado “Proceso de reorganización nacional”.

Es que en diciembre de 1983 se abría una nueva etapa política. Los recuerdos demasiado presentes de la guerra interna que había atravesado al peronismo en su última gestión, del terrorismo de estado puesto en práctica a partir de 1976 (y antes también), la debacle económica y, como broche de la catástrofe, la derrota en la guerra de las Malvinas, configuraron, en conjunto, una situación en la que el horizonte democrático fue un deseo compartido por la mayor parte de la sociedad. Aun la jerarquía de la Iglesia Católica, actor de insoslayable influjo social y que había

¹ “Mensaje del Doctor Raúl Alfonsín ante la Asamblea Legislativa al asumir la Presidencia de la Nación el 10 de diciembre de 1983” en Secretaria de Información Pública, *Discursos Presidenciales*. Buenos Aires, Pub. of., 1984. p. 9.

legitimado el golpe de estado, compartía este nuevo horizonte desde que en 1981 realizara un inédito llamado a la reinstitucionalización².

Numerosos actores políticos, sociales, intelectuales y comunicadores sociales fueron los portavoces y los principales constructores de la condena a un pasado político inestable y traumático. Pero si alguien jugó un rol protagónico en producir esa representación colectiva fue el primer presidente electo una vez recuperada la democracia, Raúl Alfonsín. En palabras de Gerardo Aboy Carlés, el *alfonsinismo* articuló un discurso centrado en la delimitación de una frontera respecto del pasado³. Y el juzgamiento de los responsables de las violaciones de los derechos humanos durante la dictadura constituyó, sin dudas, el hecho más significativo en la construcción de esa frontera.

La propuesta alfonsinista logró expresar los deseos de una enorme porción de la sociedad ansiosa por dejar atrás los oscuros años de la dictadura. En forma paralela a la disolución del régimen, se había producido un paulatino aumento de las movilizaciones—sobre todo las vinculadas con los reclamos por las violaciones a los derechos humanos—las huelgas de empleados estatales y una impresionante afiliación a los partidos políticos que, según un informe de mayo de 1983, alcanzaba al 31,4 de los ciudadanos incluidos en el padrón electoral⁴.

Al mismo tiempo, las premisas sobre las que se apoyaba el proyecto del nuevo presidente generaron la reacción defensiva de aquellos grupos que, presentados como resabios de un pasado que se debía superar, ensayaron diferentes tipos de resistencia al intento gubernamental. Desde entonces, la continuidad institucional estuvo jalonada una y otra vez por situaciones conflictivas. Las bravuconadas de los últimos “centuriones” de la Doctrina de Seguridad Nacional que pusieron en vilo al país a través de cuatro levantamientos militares entre 1987 y 1990, la crisis hiperinflacionaria de 1989 que produjo el alejamiento anticipado del primer gobierno post dictatorial, los años de la “fiesta menemista” y sus terribles consecuencias en el plano socio-económico que sólo hicieron eclosión a fines de 2001, confrontaron a la democracia argentina una y otra vez con algunos límites que ponían en cuestión las ilusiones aparejadas al fervor del año

² Conferencia Episcopal Argentina, Iglesia y Comunidad Nacional. Buenos Aires, 1981. <http://www.cea.org.ar/06-voz/documencea/index.htm>.

³ Aboy Carlés, Gerardo: *Las dos fronteras de la democracia argentina. La reformulación de las identidades políticas de Alfonsín a Menem*. Buenos Aires, Homo Sapiens, 2001, pp. 168-169.

⁴ Clarín, 18 de mayo de 1983, p 12.

‘83. Pero sobrevivió a pesar de tales desafíos, tal vez porque habían calado tan hondo el horror del terrorismo de Estado como el discurso democrático.

A dos décadas de la recuperación y la revalorización de la democracia, nos preguntamos de qué manera las percepciones de “la gente⁵” que protagonizó o acompañó los años de inestabilidad institucional fueron atravesadas por el discurso democrático en cuanto al rechazo de las Fuerzas Armadas como actores políticos. Porque si bien el proceso democrático iniciado en 1983 constituyó una matriz de representación a partir de la cual pudieron ser reinterpretados los hechos del pasado y condenadas las soluciones violentas que interrumpían la institucionalidad – especialmente la de 1976, por su altísimo costo social-, no es menos cierto que el contexto crítico en el que fueron realizadas las entrevistas que constituyen nuestras fuentes principales podía condicionar esas mismas interpretaciones, inclinando las opiniones a favor de las “soluciones” militares a las que había estado habituada la sociedad argentina.

Partiendo de estas consideraciones analizamos de qué manera 123 adultos mayores de 75 años, opinaron acerca de los golpes de estado de 1955, 1962, 1966 y 1976, como así también sobre la puesta en práctica del plan represivo que siguió a este último y los juicios a los militares que participaron en él. Intentamos observar si en el relato que emana de la situación de entrevista – de por sí conflictiva en tanto refleja la tensión existente en el ejercicio de recordar- sobrevive aquel discurso democratizador⁶.

Las respuestas que podemos ofrecer, fundadas principalmente en los recuerdos de las experiencias, opciones y sensaciones de los entrevistados, son limitadas, pero

⁵ En este artículo identificamos como tal a un sujeto histórico que reúne a quienes están fuera del poder político. Intentamos rescatar el modo en que se vive la política desde abajo, en un sentido más inclusivo que el thompsoniano, referido a los sectores populares exclusivamente. Cf. Burke, Peter: *Formas de hacer historia*. Madrid, Alianza, 1993. Curtis, Lewis P.: *El taller del historiador*. México, Fondo de Cultura Económica, 1986.

⁶ Este artículo resultó del desarrollo de un proyecto interdisciplinario que comenzó a desarrollarse en 2002, cuyo objetivo fue analizar la percepción de personas mayores de 75 años sobre el proceso político-electoral y social argentino desde 1945 a 2001. Se trabajó en base a una encuesta semiestructurada construida por Darío Cantón y ajustada por los integrantes del proyecto, que permitió recabar información sobre antecedentes familiares e historia personal de los entrevistados; memoria de votaciones; opinión sobre acontecimientos políticos puntuales; y visión de la evolución de la sociedad. Fueron entrevistadas 123 personas de ambos sexos residentes en la ciudad de Mar del Plata, utilizando el criterio conocido como “bola de nieve” con hasta 3 derivaciones. Los resultados completos en M. Ferrari, L. Ricci y M. E. Spinelli (comps.), *Memorias de la Argentina contemporánea*. Mar del Plata, EUDEM, 2008. Este artículo es básicamente el capítulo 5 de esa publicación (pp. 127-160), que ha sido modificado a los fines de incluir en esta página. Todos los cuadros y gráficos de este artículo fueron construidos a partir de los resultados de las entrevistas, razón por la cual nos eximimos de mencionarlas como fuentes.

esperamos poder plantear una serie de ideas que, en tanto hipótesis, inviten a la discusión y permitan dialogar con disciplinas como la ciencia política o la sociología, que hasta hace algún tiempo eran quienes casi exclusivamente abordaban la inestabilidad institucional y la presencia de las Fuerzas Armadas como un actor político fundamental para explicar la segunda mitad del siglo XX. En suma, realizar una contribución a la llamada “historia reciente”, que invita a proporcionar un panorama exhaustivo y complejo de ese período

Memorias sobre los golpes de estado.

Creemos que el análisis de las percepciones y el recuerdo de las vivencias de la “gente común” son fundamentales para explicar las condiciones de posibilidad de estos momentos de ruptura del orden institucional y recuperar el clima de época, aun cuando el recuerdo lleve impresa la marca del devenir político posterior.

Trabajamos sobre cuatro preguntas, una correspondiente a cada golpe de estado, que recababan información sobre la opinión que le merecieron estas instancias a los entrevistados, de dos maneras: primero, solicitando que se pronunciaran en cuanto a si estuvieron de acuerdo, en desacuerdo o si no tenían opinión definida; luego, dejándoles la libertad de expresar qué pensaban en el presente sobre esas acciones. Con respecto a la primera instancia, las respuestas de conjunto son las siguientes:

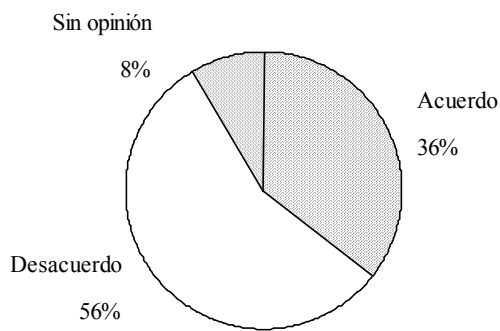
Cuadro 1
Opiniones frente a los golpes de estado

| Año del golpe | De acuerdo | En desacuerdo | Sin opinión | Datos válidos |
|----------------------|-------------------|----------------------|--------------------|----------------------|
| | % | % | % | (N) |
| 1955 | 35,6 | 55,93 | 8,47 | 118 |
| 1962 | 8,4 | 73,11 | 18,49 | 119 |
| 1966 | 7,69 | 81,2 | 11,11 | 117 |
| 1976 | 35,04 | 50,43 | 14,53 | 117 |

Las respuestas dadas a la primera instancia pueden resumirse en las figuras I a IV

Figura 5.I

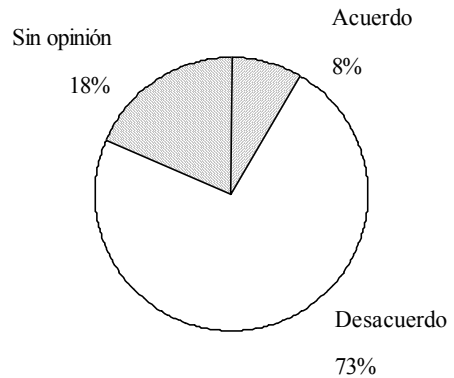
Opinión frente al golpe de estado de 1955



N=118

Figura 5.II

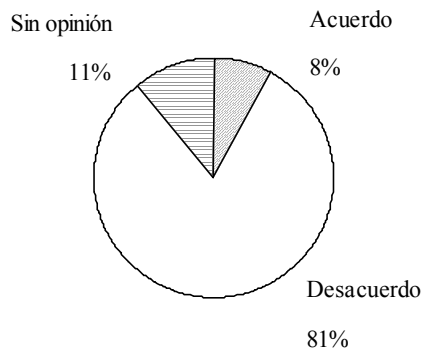
Opinión frente al golpe de estado de 1962



N=119

Figura 5.III

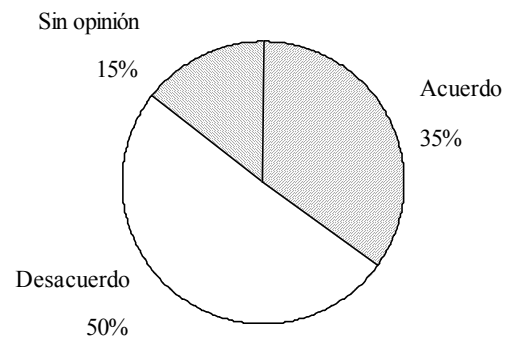
Opinión frente al golpe de estado de 1966



N=117

Figura 5.IV

Opinión frente al golpe de estado de 1976



N=117

Como se desprende de una primera lectura general del Cuadro 1 y de las figuras precedentes, las actitudes de aceptación o de rechazo frente a los golpes son oscilantes. Contrasta la adhesión a los golpes de 1955 y 1976, con la baja aceptación para los de la década del 60'.

Para el caso de 1955 se pone de manifiesto la polarización de las opiniones (56% de rechazo frente al 44% de adhesión e indefinición). De esta manera, nuestro estudio

de caso evidencia la división de la sociedad durante ese período entre peronistas y antiperonistas demostrada por otros autores⁷.

Un comportamiento similar se registra para 1976. El 35% de la muestra avaló el golpe. Si a ello le sumamos el 15% de quienes no tienen opinión definida, podemos afirmar que entre nuestros encuestados hubo una altísima aceptación del hecho que dio comienzo a la dictadura más violenta de la historia argentina.

Si tenemos en cuenta al grupo que apoyó abiertamente los golpes y aquellos que por lo menos lo justificaron, comprobamos que, aún en el '76, la mayoría de los entrevistados los consideraba como un recurso válido cuando no estaban de acuerdo con los gobiernos electos constitucionalmente.

Pero pese a que los datos cuantificados son reveladores por su magnitud, ocultan el sentido de las respuestas, su riqueza, los matices y los tópicos que se crean o se recrean durante la entrevista y que, fundamentalmente, se registran cuando los entrevistados pueden explayarse. Para reflejarlos, trataremos de centrar nuestro análisis en sus percepciones que matizan los resultados cuantitativos.

Sólo a partir de un análisis apegado a las percepciones del individuo puede comprenderse el modo en que la gente común enfrentó momentos críticos como los aquí estudiados y de qué manera su reconstrucción está condicionada no sólo por su propia experiencia sino también por un discurso público resultante de la tensión entre reinterpretaciones antagónicas del pasado.

1955

El golpe de estado de septiembre de 1955 terminó con el segundo gobierno de Juan Domingo Perón. Desde entonces, la cuestión a resolver fue qué hacer con el peronismo sin Perón. La posición asumida ante el problema introdujo divisiones en casi todas las fuerzas políticas e incluso entre las FFAA, que se autoerigieron en árbitros de lo que consideraban el orden público. Numerosos fueron los intentos por dar una

⁷ Cavarozzi, Marcelo: *Autoritarismo y democracia (1955-1983)*. Buenos Aires, CEAL, 1983. Spinelli, María Estela: *Los vencedores vencidos. El antiperonismo y la "revolución libertadora"*. Buenos Aires, Biblos, 2005.

solución. Sin embargo, ninguno pudo enfrentar con éxito la perdurabilidad de la identidad peronista⁸.

El acercamiento a los testimonios orales, nos permite reconstruir la dicotomía peronismo-antiperonismo que recorre la política argentina en los últimos cincuenta años. Si bien es cierto que el discurso democratizador de los años 80', con su énfasis en el pluralismo y el respeto por las opiniones divergentes, contribuyó a matizar el influjo de aquel clivaje, cuando los entrevistados reconstruyen el pasado, el enfrentamiento aparece como un dato de la realidad política que trasciende una coyuntura determinada. En este sentido, la entrevista no es un hecho pasivo sino que juega un rol determinante en la reconstrucción de aquella dicotomía en el presente.

Los testimonios ofrecen una visión del conflicto donde los grupos enfrentados, en tanto identidades políticas contrapuestas, se definen por una serie de atributos sobre los que se arrojan un monopolio exclusivo. Veamos cómo se produce esta recuperación en la voz de un entrevistado de tendencia peronista:

Mire ... si tendría que recordar la revolución del '55, que ellos la llamaron la revolución libertadora, ¡yo le diría la revolución *libertadura*! ¡fueron todos traidores! Primero, chupa medias, empezando por Rojas siguiendo ... ¡siguiendo por la mayoría que estuvieron ahí!... Siento mucho lo de Aramburu que lo mataron, posiblemente hubiera sido ... pero él también se prestó al juego de los fusilamientos del General Valle, de Cogorno. Toda esa gente que eran patriotas, no estaban al servicio de estos que nos han refundido, ese es un hecho repugnante para mi vida como argentino⁹.

Según esta opinión, era el patriotismo lo que identificaba a los militares que se levantaron en 1956 contra a los “traidores”. Y en una misma línea, el hecho le despertaba repugnancia, no en tanto peronista, sino en tanto argentino.

Sin embargo, el sentido del hecho suscitó connotaciones muy diferentes pues, como sostiene un entrevistado “Los que no eran adictos a él se vivió como una fiesta ¡Lo habían volteado a Perón!(...) se festejaba” (SG). Evidentemente, el carácter festivo del derrocamiento era únicamente patrimonio de quienes no apoyaban a Perón lo que delimita claramente un *otro* que no festejó, “los adictos a él”. Según otra entrevistada:

⁸ Smulovitz, Catalina, "En búsqueda de la fórmula perdida: Argentina, 1955-1966", en *Desarrollo Económico*, vol. 31, N° 121, abril-junio 1991. James, Daniel: *Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina 1946-1976*. Buenos Aires, Sudamericana, 1990.

⁹ C. G., junio de 2002. La cursiva de la cita es nuestra.

(...)fue La Revolución Libertadora!, que después tuvo... otras desviaciones, no sé, pero en ese momento, todos los que éramos *democráticos* nos alegramos de la Revolución Libertadora.¹⁰

En este caso, el afán de diferenciación del peronismo lleva a agregar el adjetivo democrático como línea demarcatoria entre las identidades dicotómicas de la política argentina. Mientras el peronista se oponía al golpe desde su identidad como argentino, los antiperonistas adherían a él desde la de democráticos. Aparecen así las pretensiones excluyentes que habían acompañado a la disputa entre peronistas y antiperonistas. Los primeros descalificaban y excluían a los adversarios tratándolos de antiargentinos. Los segundos, acusándolos de autoritarios.

Así planteadas las cosas, el adversario político pierde legitimidad y se vuelve válido, en el caso de los peronistas, abandonar las reglas de juego institucionales en nombre de la lucha contra los “enemigos del pueblo”. Aún más paradigmático resultó que los antiperonistas lucharan por la democracia apoyando un golpe de estado para terminar con el autoritarismo de Perón.¹¹

La heterogeneidad de los testimonios nos permite recuperar otros tópicos frente al derrocamiento de Perón. Un caso interesante, es el de un entrevistado con una importante formación intelectual que aprueba el golpe, aunque no el gobierno surgido del mismo.

Bueno, el gobierno del 55 hizo muchas macanas me parece pero... yo creo que había que terminar con ese gobierno autoritario que ya se había colocado en una situación terrible. Es decir, la antinomia entre peronistas y antiperonistas era insoportable, así que uno tenía que ganarle al otro. Como unitarios y federales que se resolvió en Caseros; bueno ahí se resolvió con el triunfo de la Revolución Libertadora. Cómo revolución me interesó la caída de Perón. El gobierno... no, no simpaticé con el gobierno de la Revolución Libertadora¹².

Pero otros entrevistados, dicen rechazan el golpe por el hecho de constituir una interrupción de la institucionalidad del país.

...Y no sé hasta qué punto habrá estado bien eso... a lo mejor había otros medios para sacarlo a Perón. Digamos, llamar a elecciones y... pienso que

¹⁰ R. C., junio de 2002. La cursiva es nuestra.

¹¹ En esta misma dirección, Estela Spinelli observó como tanto los políticos opositores a Perón como una parte importante de la sociedad justificó los fusilamientos de militares y civiles peronistas que se habían alzado contra el gobierno de facto en 1956. Cf. Spinelli, op. cit., pp. 82-83.

¹² R. D., junio de 2002.

una revolución...lo único que hicieron fue destrozar y matar a alguno. Mataron.¹³

Estos son los casos en los que más palpablemente se puede sostener que la revalorización democrática luego de 1983 tuvo un efecto palpable, convirtiéndose en la lente a través de la cual se reinterpretaron los hechos del pasado y la historia personal de cada entrevistado dentro del contexto político. Esto se observa con claridad cuando es el mismo entrevistado quien establece la diferencia entre sus antiguas posiciones y la relectura actual, remarcando que si bien apoyaron el golpe de estado, en el momento de las entrevistas estaban arrepentidos.

R- Lamentablemente respiramos con alivio, lamentablemente.

P- ¿Esto quiere decir que hoy usted ve las cosas de otra manera?

R- Y seguro. Fijate que en esa época nosotros habíamos venido a Mar del Plata. Un colega mío me invitó a trabajar en la liquidación de la Cooperativa de Paperos de Mar del Plata. Era una consecuencia de la "Revolución Libertadora". Y bueno, yo empecé a trabajar ahí en el cierre de la cooperativa. Y pasado el tiempo... qué barbaridad!. Qué barbaridad haber colaborado en la liquidación de la Cooperativa de Paperos!. Y en ese momento uno era todo, todo gorilista, todo anti¹⁴.

Las entrevistas muestran también que la intensidad con que caló el enfrentamiento peronismo – antiperonismo no fue uniforme. En buena medida, esto guarda relación con el grado de compromiso de cada entrevistado con una identidad política determinada. Cuando la identidad política del entrevistado es fuerte, la dicotomía perdura como factor determinante en la memoria individual. Un individuo que participó en el golpe, recuerda:

R- Yo actúe en esa revolución, en los comandos civiles. Es el único blasón que tengo en mi vida, me jugué la vida. Afortunadamente estoy vivo. Algunos compañeros he perdido en esa revolución.

P- Cuénteme, Don C., cuál fue su participación en los comandos civiles...

R- Como la de todos los comandos, de toda forma, desde infiltrarme, andar armado, cuidar que no me mataran¹⁵.

En este caso, la relectura del pasado no supone arrepentimiento, no hay lugar para filtrar las propias posiciones políticas a la luz del pluralismo que vino de la mano de la

¹³ H1, junio de 2002.

¹⁴ A. B., 30 de julio de 2001 (entrevista de prueba)

¹⁵ S. F., junio de 2002.

revalorización democrática. Por el contrario, aquel pasado sigue teniendo en el presente un peso determinante sobre la identidad política actual del entrevistado. De ahí, que la participación en el golpe ofrece un motivo de orgullo.

Otro de los temas que aparece en la percepción de los entrevistados es el de la violencia política que, en realidad, lejos de ser una particularidad de la coyuntura golpista del 55' recorre todo el período. Algunos testimonios ponen de manifiesto la ambigüedad que encierra la cuestión de la violencia política, aceptada, por un lado, como recurso político validado por una parte importante de la sociedad y rechazada, por otro lado, en el proceso de reconstrucción del pasado. En el caso de los bombardeos a Plaza de Mayo, un entrevistado refiere:

R: Bueno, fueron dos levantamientos, el 16 de junio, que fracasó y el 16 de septiembre, que derrocaron a Perón. Eh... fueron eh... muy violentos y... murió mucha gente que no tenía nada que ver y.. qué va a ser!. Gente que pasaba al mediodía cuando bombardeaban la Plaza de Mayo o la Casa de Gobierno, mejor dicho, gente que paseaban en tranvía en aquel entonces, en colectivo y estaban de paso y la[s] bomba[s] los mataron. Murió mucha gente inocente este... fue un hecho hecho con toda... eh con toda... cizaña; porque por el hecho de matar a Perón. Bueno, sí, lo querían matar. Pero que maten al pueblo... yo nunca concebí la... la violencia, y estoy en total desacuerdo con esa violencia que hubo en aquella oportunidad, las dos veces que te digo¹⁶.

Así, percibimos que, más allá del rechazo que le produce la muerte de la “gente que no tenía nada que ver”, la violencia es aceptada cuando se dirige a los que no son “inocentes”, en este caso Perón. También aparecen en los relatos las sensaciones de miedo, de angustia y los rumores de la coyuntura recorren el espectro de los entrevistados, con independencia de su adscripción política.

[El levantamiento contra Perón]... nos dio un buen susto. Que otra cosa no ... me dio lástima. Yo, como no estaba en la política ni nada... Vivíamos ahí cerca. Enfrente, en Dorrego y Córdoba, había una estatua de Evita y vinieron, la sacaron a patadas, le pegaron, la tiraron en el medio de la calle. Había gente ... estaba la Villa Lobos, tenía un chalet muy lindo y le sacaron todo, tiraron todo. Eso estaba mal. A mí me parece que esos atropellos... La gente lloraba, se desmayaba. Porque, que sacan a ése, y hacía cosas mal, bueno. Pero que hagan esos atropellos, el otro partido, creo que eran radicales. ¿Qué no les sacaron a esa gente? ¡Todo le tiraron a la calle!¹⁷

¹⁶ B.G., junio de 2002.

¹⁷ N. A., junio de 2002.

En suma “(...)El país se sacudió, fueron momentos dramáticos... la gente no estaba tranquila,... la gente tenía miedo,... fueron momentos....tremendos”¹⁸.

1962 y 1966

Entre 1955 y 1973, fecha que marcó el retorno del peronismo al poder después de los años de proscripción, hubo solamente dos gobiernos democráticos y ninguno completó su mandato: el de Arturo Frondizi (1958-1962) y el de Arturo Illia (1963-1966).

En 1962, un golpe de estado de tipo palaciego puso fin al gobierno del primero, representante de la Unión Cívica Radical Intransigente que había obtenido el triunfo en las elecciones de 1958 gracias al apoyo del peronismo proscripto. La imposibilidad del presidente Frondizi para cumplir numerosos y opuestos compromisos de campaña hicieron eclosión luego de la convocatoria a elecciones a gobernador en la provincia de Buenos Aires que fueron ganadas por un candidato peronista¹⁹. Luego de un último pronunciamiento militar, las formas institucionales fueron apenas salvadas mediante una maniobra de último momento a través de la cual Frondizi logró colocar al frente de la conducción del gobierno al presidente del Senado, José María Guido, un miembro de la UCRI proclive a los promotores del levantamiento. En 1963, bajo tutela militar y con controles electorales mediante, el otro sector en que se había dividido el radicalismo – la UCR del Pueblo, que respondía al ala más tradicional del partido- ganó las elecciones aunque con una escasa cantidad de votos. Arturo Illia asumió con el 25% de los sufragios después de elecciones en las que el voto en blanco, nutrido por el peronismo que continuaba proscripto, fue la segunda minoría. Las FFAA, que inicialmente se abstuvieron de hacer planteos políticos al gobierno, empezaron a considerar a la democracia como un lastre para la “seguridad nacional” y la modernización de la economía. En 1966 un nuevo golpe de estado terminaba con este gobierno y dio lugar a

¹⁸ G. M., junio de 2002.

¹⁹ Smulovitz, Catalina, "Crónica de un final anunciado: las elecciones de marzo de 1962", en *Desarrollo Económico*, vol. 28, N° 109, abril-junio 1988.

una sucesión de gobiernos militares conocida como “la revolución argentina”, prolongada hasta 1973²⁰.

Como señalamos anteriormente, estas fueron las dos interrupciones institucionales que suscitaron mayor rechazo entre los entrevistados. Ambos presidentes, pertenecientes a tendencias enfrentadas del radicalismo, fueron quienes merecieron una imagen positiva compartida tanto por peronistas como por antiperonistas. Salvo excepciones, a Frondizi se lo destaca por su inteligencia o por el proyecto desarrollista que puso en marcha. A Illia, por su bondad, su honestidad, su decencia, su capacidad de lucha y por la garantía de libertad que aseguró (“fue el único tipo que dejó caminar por la calle”, según AF). Son aisladas las condenas contra los golpes de los '60 a partir del argumento de que “un presidente tiene que terminar con su mandato” (D). Las explicaciones ni siquiera remiten a la política en general. Y cuando se buscan argumentos, se encuentran en hechos siempre personalizados, que remiten a situaciones que contextualizan el trasfondo de los golpes, nunca explicitadas: la elección de Framini, las conversaciones con el Che y la Cuba revolucionaria, en el caso de Frondizi; el desplazamiento de Onganía de la comandancia del ejército o la presencia de Vandor (jerarca sindical burocrático, que se proponía como la alternativa a Perón para conducir al peronismo) en el palco junto a Onganía cuando asumió la presidencia *de facto*.

Por supuesto, las percepciones no son homogéneas. Algunos testimonios, manifiestan el desamparo que experimentaron frente al derrocamiento de Frondizi, pero no en el orden político o por la ruptura institucional, sino por el fin de la política económica desarrollista.

Y cuando lo voltean a Frondizi, la señora del almacén a donde íbamos a comprar las compras, llorando me dijo: "Nos sentimos desnudos".
"Desnudos, nos sentimos desnudos". "Como si nos hubieran sacado la ropa y alguien nos está mirando", como el terror que tenían, vergüenza y miedo.
“Ahora nunca más -me dijo ella- nunca más se va a levantar Comodoro [Rivadavia]”²¹.

²⁰ Smulovitz, Catalina “La eficacia como crítica y utopía. Notas sobre la caída de Illia”. *Desarrollo Económico*, vol. 33, Nº 131, octubre - diciembre 1993. De Riz, Liliana: *La Política en suspenso 1966/1976*. Buenos Aires, Paidós, 2000.

²¹ A. M., 15 de junio de 2002. En el momento de referencia, la entrevistada vivía en Comodoro Rivadavia.

Otros, de opinión ambigua frente al golpe, dejan abierta la posibilidad de la aceptación de la interrupción constitucional puesto que critican las medidas políticas del gobierno iniciado en 1958

P: Respecto al gobierno de Frondizi...

R: ¡Un hijo de puta!, poné así! El gobierno de Frondizi, ... una de las marchas más grandes que yo he visto en mi vida, fue la de ... contra Frondizi, por la laica y la libre. Porque él con el ... con el atorrante de Alende y todos esos, entregan a ... entregan a los curas la enseñanza. Frondizi era un tipo ... podría ser como éste, como Duhalde, era un descolgado: hace un pacto con Perón, no cumple el pacto. Perón le saca la fuerza. El no tiene fuerza. Se alía con los militares, se alía con el otro ... y a la final rueda, porque tenía que rodar porque no... no tenía fuerza propia, no servía para nada lo que hacía él. Frondizi era un tipo muy jodido, hace el plan Conintes... el plan Conintes! te “pelaban”, te metían en el cuartel!, y había hombres de cuarenta, cincuenta años que le hacían hacer cuerpo a tierra. Era un traidor. Él había escrito ... era un tipo ... era un marxista, qué se yo, el hermano fue más gente, se murió siendo marxista. (...) Pero él murió siendo un representante del capitalismo²².

Cuando se explica el golpe de 1962, los antiperonistas a ultranza justifican en la misma línea la anulación de las elecciones de Framini –el candidato peronista que ganó las elecciones de gobernador de la provincia de Buenos Aires- y el derrocamiento de Frondizi, por no haber cumplido “con las promesas que había hecho”²³.

En cuanto a Illia, resulta interesante contraponer la imagen positiva generalizada en los testimonios orales analizados con la que construyeron algunos periódicos y revistas de la época – sobre todo *Primera Plana* (Mazzei, 1994) -, donde el ex presidente aparecía como una persona lenta, identificada con una tortuga, incapaz de tomar las decisiones que la coyuntura del momento requería y donde la misma bondad que hoy nuestros entrevistados resaltan, era vista como falta de sagacidad política²⁴.

Tal vez pueda sostenerse que la recuperación de la figura de Illia tuvo mucho que ver con el cambio de aire político ocurrido a partir de 1983. No fue casual que ante su muerte, acontecida en enero de ese año cuando el régimen militar intentaba enterrar sus crímenes antes de devolver el poder a los civiles, las principales figuras del momento hayan reconocido en el ex presidente un símbolo de la democracia. Dos declaraciones provenientes de los ámbitos sindical y militar, determinantes en su derrocamiento,

²² A.F., 3 de julio de 2002.

²³ T, 5 de junio de 2002.

²⁴ Un análisis de la caída de Illia y de la campaña de desprestigio que la precedió, en Smulovitz, Catalina “La eficacia como crítica y utopía.... Art. cit.

permiten observar el reposicionamiento de esos actores al interpretar el pasado. El general Llamil Reston, ministro del interior del último gobierno de facto, sostuvo que “(...) fue un demócrata auténtico, un ejemplo de energía, austeridad y espíritu republicano, que sin duda sabrán valorar las futuras generaciones argentinas”²⁵. Para el dirigente metalúrgico Lorenzo Miguel, heredero de Vandor en la Unión Obrera Metalúrgica y principal referente del sindicalismo peronista, “ (...) se ha ido un hombre que, además de ser un demócrata de carta cabal, tenía un coraje civil que es lo que el país necesita más en este momento”²⁶.

Al cumplirse veinte años de la muerte de Illia una reflexión periodística revalorizaba a esta figura no ya únicamente a través de la matriz interpretativa que brindaba el retorno democrático, sino también de la que ofrecía la crisis del año 2001:

La historia rescata su austeridad, su honestidad, el haber vivido y muerto en la pobreza. Sin embargo, es la obstinada convicción democrática de Illia el rasgo que mejor lo retrata hoy, cuando su partido atraviesa la mayor crisis de su historia²⁷

Y los testimonios recogidos se orientan en el mismo sentido: “el derrocamiento de Illia fue un error tremendo y un daño profundo que hicieron al país”, afirmó uno de los entrevistados²⁸. Otro, aún más explícito, realizó una relectura de los sucesos que condujeron al golpe, refiriéndose específicamente a la campaña articulada por algunos medios de comunicación en contra del gobierno. Desde la perspectiva ofrecida por el paso del tiempo, dejó deslizar una reconsideración de sus antiguas posiciones:

La tortuga... la palomita. Y sí, lo desprestigiaron mucho. Creo que a la distancia se ve que... que estuvieron mal en eso porque no andaba tan mal el país. Este... evidentemente Illia no era un líder parecido a todos los que habíamos tenido hasta ese momento. Era un hombre de gobierno, calmo, tranquilo, honesto. Una figura... claro incomparable ante... frente Perón que estaba... desde el extranjero movía los hilos. Pero no, la caída de Illia me pareció muy triste²⁹.

Es posible afirmar que fue en lo referido a la figura de Illia donde más huellas se observan del proceso de reconsideración del pasado a partir de la representación que

²⁵ *Clarín*, 20 de enero de 1983, p. 8.

²⁶ *Ibidem*.

²⁷ *Clarín*, 18 de enero de 2003, <http://www.clarin.com/diario/2003/01/18/p-01701.htm>

²⁸ J.R.T., 25 de junio de 2002.

²⁹ E. D., junio de 2002.

ofreció el retorno democrático. En este sentido, las declaraciones de las principales figuras políticas y la interpretación de la gente común, refuerzan la idea de que una nueva etapa política inició en nuestro país luego de la última dictadura militar.

1976

P: ¿Qué opinión tuvo sobre el golpe militar de Videla, cuando...

R: Sí, ya dije, un desastre por la gente que han matado ... pero yo...

P: Pero en el momento del golpe, usted ¿qué pensó?

R: Y, que fue una cosa ... no sé ... porque al principio me gustaba ... Videla. La verdad... que al principio me gustaba,... me parecía ... buen hombre, qué sé yo. Pero después con todas las cosas que ... pasaron, que dijeron que era, que había hecho y que sé yo, bueno... pero me resultó difícil creerlo,... me gustaba como hombre (...) claro ... uno no (conoce) ... una persona bien³⁰.

Al despuntar la década de 1970 era evidente el agotamiento de la llamada “Revolución Argentina”. La incapacidad para contener al peronismo proscrito y, más aún, la radicalización política en la cual la juventud tuvo un rol privilegiado, condujo a los militares a permitir una salida electoral pautada. Solapada e indirectamente, iban a posibilitar el retorno del líder que habían obstaculizado durante 18 años para poner freno a la izquierdización del peronismo –y más ampliamente, de la sociedad³¹- tratando de salvaguardar del desprestigio a las Fuerzas Armadas.

Dado que introdujeron la cláusula de residencia mínima de dos años para los candidatos a presidente de la República, una coalición liderada por el peronismo conocida como Frente Justicialista de Liberación (FREJULI), elevó la fórmula Héctor J. Cámpora – Vicente Solano Lima, que el 25 de mayo de 1973 se impuso en las elecciones nacionales. Pero los miembros del binomio renunciaron a sus cargos en julio del mismo año para permitir que Juan Domingo Perón, nuevamente en el país, pudiera asumir el gobierno³². En contra de lo que esperaban los sectores de la izquierda peronista, no lo acompañó en la fórmula ningún político representativo de esta tendencia, sino su tercera esposa, María Estela Martínez, oscuro personaje sin trayectoria política. El 23 de septiembre de 1973, la fórmula Perón-Perón se impuso en los comicios presidenciales obteniendo el 62% de los votos.

³⁰ E.P., 14 de junio de 2002.

³¹ Cf. Gordillo, Mónica: “Protesta, rebelión y movilización: de la resistencia a la lucha armada, 1955-1973”, en D. James (dir.): *Violencia, proscripción y autoritarismo. 1955-1973*. T. IX, Col. Nueva Historia Argentina. Buenos Aires, Sudamericana, 2003, pp. 329-380.

³² De Riz, Liliana: *La Política en suspenso... op. cit*, p. 140.

El 1° de julio de 1974 el anciano líder falleció sin siquiera poder poner en orden su propio movimiento, en el que se enfrentaban las tendencias de izquierda y de derecha. A partir de la muerte del presidente y con la asunción de “Isabelita” se profundizaron los enfrentamientos internos. Los márgenes de acción del gobierno se vieron enormemente reducidos y sus decisiones económicas llevaron a un descontento generalizado³³. Sin el apoyo del sector sindical y con la manifiesta oposición de la izquierda, su sostén se redujo a un estrecho círculo de políticos de derecha³⁴.

En este contexto, el 24 de marzo de 1976 fue perpetrado el golpe de estado que derrocó a la presidenta y llevó al gobierno de facto a la junta de comandantes integrada por el general J. Videla, el almirante E. Massera y el brigadier O. Agosti. Contaban con el apoyo de los sectores económicos más concentrados, el visto bueno de la Iglesia, de los EEUU y de la mayor parte de la población –particularmente de las capas medias que vieron en los militares la posibilidad de controlar los niveles de violencia, el desastre económico, el poder sindical y al círculo de Isabel Perón. Comenzaba así el período más tenebroso de la historia argentina. En poco tiempo, a los miles de desaparecidos, las torturas y los centros clandestinos de detención, se sumaron el descalabro económico y, como corolario luctuoso, la Guerra de Malvinas.

A casi treinta años de ese proceso, los testimonios manifiestan una opinión unívoca en cuanto a la ineficiencia del gobierno de María Estela Martínez de Perón, atribuida a la presidenta o a su entorno que la tenía “dominada”. Pero cuando los entrevistados fueron consultados sobre el golpe de estado, las respuestas no fueron unánimes. Además, su tratamiento se ve dificultado por la indiferenciación entre lo que el entrevistado pensaba en 1976 y en 2002, al punto que resulta dudoso si la respuesta reflejaba la posición que tuvieron durante el transcurso de los hechos o si fue una construcción *a posteriori*.

Con todo, y a riesgo de simplificar, podemos agrupar en tres las respuestas de quienes tomaron posición frente al golpe de estado. La posición minoritaria es de adhesión. Dentro de este grupo, se destacan quienes dan muestras del grado de

³³ Restivo, Néstor y Raúl Dellatorre: *El rodrigazo, 30 años después*. Buenos Aires, Capital intelectual, 2005.

³⁴ Ya antes de llegar al gobierno Perón inició el desplazamiento de los sectores pertenecientes a la tendencia revolucionaria. Cf. Gillespie, R: *Montoneros. Soldados de Perón*. Buenos Aires, Grijalbo, 1987. Anzorena, Oscar: *Tiempos de violencia y utopía*. Buenos Aires, Ediciones del Pensamiento Nacional, 1998.

intolerancia y violencia que imperaban en la política argentina del período. En este sentido uno de los entrevistados respondió:

P: Respecto al golpe de Videla, Massera y Agosti, contra el gobierno de la viuda de Perón, ¿estuvo de acuerdo ...

R: Por supuesto! Tendrían que haberla matado!³⁵.

Luego están quienes si bien se manifestaron en contra de la intervención militar, expresaron cierta justificación dadas las características del gobierno derrocado.

R: Qué se yo ... por un lado, por un lado estuvo bien pero mal, mal manejado por los militares ... el peronismo vistés[sic] como estaba ... López Rega, la Isabelita, Isabelita pobre, era una pobre sirvienta, era copera la ... la Isabelita, en ... como es ... estaba en Santo Domingo y ahí la conoció Perón³⁶.

R: No, el golpe no me parecía bien. Lo que me parecía un desastre era el gobierno de Isabel Martínez de Perón³⁷.

R: eh... ¿cómo puedo decir? Eh... siempre dije que no me gustan los golpes, pero en ese caso me parece que fue un disparate de Perón colocar de vicepresidente a la Isabelita. Más a una mujer que no era preparada para nada³⁸.

Por último, quienes manifestaron su abierto rechazo al golpe de estado, explicaron su posición por la aversión a las intervenciones militares, acentuada por la acción posterior de la junta militar erigida en gobierno nacional.

P: ¿Y si usted tiene que dar una opinión sobre el golpe de Videla, Massera y Agosti, qué me podría decir?

R: Ya te dije todo. Los militares son para defender la patria en caso de peligro exterior. Pero no son para meterse en política.

P: ¿Y el modo en que las Fuerzas Armadas combatieron a los grupos guerrilleros?

R: Terrible. No tiene nombre. Mirá, el terrorismo es espantoso, siempre. Pero cuando es de Estado es 10 veces peor, porque tenés la fuerza. El otro se está jugando la vida, este no. No, asqueroso...³⁹

³⁵ A.T., junio de 2002.

³⁶ R.T.R., 8 de agosto de 2002.

³⁷ N.F., junio de 2002.

³⁸ J.D.M., 15 de junio de 2002.

³⁹ B.J., 17 de julio de 2002.

Represión y juicios

Al hablar del último golpe militar del siglo XX es inevitable la referencia a la sucesiva represión militar.

Buena parte de la bibliografía sobre el período coincide en señalar que la lucha contra los grupos guerrilleros fue la excusa perfecta para unas FFAA decididas a transformar de raíz las características sociales, económicas y políticas del país a través de la suspensión del orden constitucional. El Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), de tendencia guevarista, y los Montoneros, que vinculaban, no sin dificultades, peronismo y marxismo, habían constituido durante la primera mitad de la década del 70' el principal desafío al orden establecido. Sin embargo, para 1976, su poder se encontraba en franco declive⁴⁰. Aplastado el ERP en Tucumán, donde un aislado grupo de entre 50 y 100 guerrilleros debió enfrentar a un número de efectivos del ejército que, según el momento, osciló entre los 2500 y 6000⁴¹ y aislada la cúpula de Montoneros respecto de sus bases, las FFAA desataron una ola represiva sobre todo atisbo de oposición. Sin embargo, los militares siguieron apelando al peligro subversivo para darle continuidad a sus funciones policiales. En estrecha relación con el plan económico del ministro de economía de la dictadura, Alfredo Martínez de Hoz, que pretendía al desmantelamiento del estado benefactor y la transferencia de ingresos hacia los sectores más acaudalados, fue entre los obreros donde la represión hizo mayor hincapié⁴².

Recuperada la democracia, apareció en el horizonte del gobierno de Raúl Alfonsín una cuestión capital para la perdurabilidad del régimen: qué hacer con los militares y, sobre todo, frente a la violación de los derechos humanos perpetrados por las FFAA. La revalorización del pacto entre representados y representantes, el rol central asignado al sistema de partidos y al Parlamento y la neutralización de las presiones corporativas suponía revertir las prácticas autoritarias impresas en las formas de hacer política y las tendencias intervencionistas de las FFAA⁴³. Contaba a su favor con el rechazo

⁴⁰ Cf. Seoane, María: *Todo o nada. Biografía de Mario Roberto Santucho*. Buenos Aires, Planeta, 1991. Gillespie, op. cit.

⁴¹ Pucci, Roberto: "Tucumán, 1975. La guerrilla y el terrorismo de estado antes del golpe militar". Ponencia presentada en las X Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Rosario, 19-22 de septiembre de 2005.

⁴² Entre otros, cf. Canitrot, Adolfo: "La disciplina como objetivo de la política económica. Un ensayo sobre el programa del gobierno argentino desde 1976", en *Desarrollo Económico*, Vol. 19, N° 76, enero - marzo 1980. Schvarzer, Jorge: *La política económica de Martínez de Hoz*. Buenos Aires, Hyspamérica, 1986. Primera Parte, "La lógica política de la política económica", pp. 15-142.

⁴³ Cf. Novaro, Marcos: *Historia de la Argentina contemporánea. De Perón a Kichner*. Buenos Aires, Edhasa, 2006.

generalizado a la última dictadura como consecuencia del plan represivo instaurado, los problemas económicos y la derrota en la Guerra de las Malvinas. Una de las primeras decisiones tomadas por el nuevo gobierno fue el decreto 158 del 13 de diciembre de 1983, a través del cual el gobierno decidió “(...)someter a juicio sumario ante el Consejo Supremo de las Fuerzas Armadas a los integrantes de la junta militar que usurpó el gobierno de la Nación el 24 de marzo de 1976 y a los integrantes de las dos juntas militares subsiguientes(...)”.⁴⁴

Paralelamente, el gobierno propició la formación de la Comisión Nacional sobre la desaparición de personas (CONADEP) cuya misión central era recabar información sobre el destino de las personas desaparecidas durante la última dictadura. Luego de la investigación, esta comisión entregó al gobierno un detallado informe de la metodología represiva, en el cual se sostenía que “los derechos humanos fueron violados en forma orgánica y estatal por la represión de las Fuerzas Armadas. Y no violados de manera esporádica, sino sistemática, de manera siempre la misma,(...) por sádicos pero regimentados ejecutores”⁴⁵.

En lo referido al procesamiento judicial de los responsables de las violaciones a los derechos humanos, el gobierno radical pretendió que fueran los militares, a través del Consejo Superior de las Fuerzas Armadas (CSFFAA), los que dieran el primer paso juzgando a sus pares. Sin embargo, en septiembre de 1984 el CSFFAA avaló todo lo actuado por las Juntas Militares durante la dictadura. En consecuencia, las causas pasaron a la Cámara Federal de la Capital Federal que, luego de agotadoras jornadas, dictó sentencia contra los comandantes de las tres juntas militares en diciembre de 1985, condenando a Videla y a Massera a reclusión perpetua, a Agosti a cuatro años y seis meses de prisión; a Viola a la pena de diecisiete años de prisión, y a Lambruschini a ocho años de prisión. La sentencia absolvía a Graffigna, Galtieri, Anaya, y Lami Dozo

El gobierno de Alfonsín intentó hacer de este juicio el hecho con el cual identificar su gestión. Sintetizaba a través del mismo los lineamientos generales de su proyecto de reconstrucción democrática. De esta forma los juicios adquirirían un doble sentido. Por un lado, respondían a los deseos de justicia de la sociedad. Por otro, constituían el símbolo más elocuente de una nueva forma de hacer política que

⁴⁴ “Decreto 158/83”, Anales de Legislación Argentina. T. XLIV-A, p. 132.

⁴⁵ CONADEP, *Nunca más*. Buenos Aires, Eudeba, 1984, p. 8.

terminaba con los oscuros años del intervencionismo militar. Mientras algunos partidos políticos menores y los organismos defensores de los derechos humanos buscaban profundizar el primer sentido para tornar real el segundo, el gobierno buscó desde el principio un equilibrio entre ambos, a partir de la limitación del juzgamiento. Según recuerda el propio Alfonsín:

En nuestro país, los crímenes y delitos cometidos en dictaduras siempre habían quedado impunes.(...) Por un imperativo ético impostergable y por el convencimiento de la complementariedad entre democracia y justicia, el gobierno a mi cargo abrió los cauces jurídicos para que las aberrantes violaciones a los derechos humanos cometidas tanto por el terrorismo de grupos políticos armados como por el terrorismo de Estado fueran investigadas y juzgadas por una justicia independiente (Alfonsín, 2004: 34).

En suma, la bibliografía sobre el período y el discurso oficial del primer gobierno democrático, proporcionan un marco a través del cual contemplar el terrorismo de estado y los juicios a que dio lugar. Ahora bien, esa coherencia -operativa en el ámbito académico- funcionaba mal cuando salíamos a buscar opiniones poco influidas por los debates historiográficos. Cuando tratábamos de observar las marcas que estos procesos dejaron en las memorias de los entrevistados encontramos dificultades para generalizar, surgiendo en cada respuesta matices y tonos sólo aprensibles a través de las metodologías de la historia oral. De esta forma, aparecen elementos aún contradictorios que enriquecen el análisis.

Una aproximación de tipo cuantitativo que compare las percepciones de adhesión o rechazo frente al golpe de 1976, al sistema represivo instaurado y a los juicios a las juntas, arroja algunas pistas iniciales:

Cuadro 2

Opinión frente al golpe de estado, el sistema represivo y juicios a las Juntas militares
(Porcentajes)

| Acontecimiento | De acuerdo | En desacuerdo | Sin opinión | Datos válidos |
|---------------------------------------|-------------------|----------------------|--------------------|----------------------|
| <i>Golpe de Estado de 1976</i> | 35,04 | 50,43 | 14,53 | 100 |
| <i>Sistema represivo instaurado</i> | 18,49 | 59,66 | 21,85 | 100 |
| <i>Juicios a las Juntas militares</i> | 69,37 | 16,22 | 14,41 | 100 |

Esta primera aproximación permite señalar que no existe continuidad entre los porcentajes de apoyo al golpe de estado y al sistema represivo instaurado con posterioridad a este hecho. Esto nos estaría demostrando el alto grado de legitimidad dado por los entrevistados al golpe del '76, por un lado, y el rechazo a la forma de intervención sucesiva, por el otro. Además, nos plantea un nuevo interrogante. Dada la escasa reacción de la sociedad civil frente a la represión y la relativa facilidad encontrada por las FFAA para desarrollar su plan, el rechazo que podemos comprobar en la actualidad, ¿no es resultado de la reinterpretación del pasado ocurrida en los años ochentas?. Lograr desentrañar esta cuestión resultaría central para explicar la amplia legitimidad dada por una parte importante de la sociedad a las intervenciones militares.

Comprobamos también que el porcentaje de personas sin opinión aumenta cuando el tema de consulta es la represión. A manera de hipótesis –ya que no podemos dar una respuesta acabada- estimamos probable que esta reticencia se deba a que para muchas personas resulte más simple evitar manifestarse frente a un tema tan controvertido que replantearse sus antiguas posiciones sobre el mismo. No se trata simplemente de opinar sobre hechos del pasado sin repercusión evidente en el presente. Cuando se decide opinar sobre la represión de los años setentas se toma partido en una discusión constantemente actualizada, sobre todo por aquellos que no se resignan al olvido.

Aunque la mayoría de los entrevistados manifiesta estar en desacuerdo con la sistemática violación a los derechos humanos cometida por los militares, existen quienes expresan haber apoyado el terrorismo de estado, justificándolo en la violencia desarrollada por los distintos grupos guerrilleros.

R: yyyy... tenían que combatirlos como los combatieron, mataron gente, porque ellos mataron también (...) eso era una guerra, eso (...) eso fue una batalla, una guerra⁴⁶.

Al aceptar no sólo la intervención política de los militares sino también la metodología represiva utilizada, el entrevistado ofrece un testimonio que reproduce el discurso articulado por las FFAA durante la década del '80 para justificar su accionar en los '70 y legitimar su rol en la democracia renacida en 1983. Según este discurso, en

⁴⁶ J.A.A., 18 de junio de 2002.

Argentina se habría producido una guerra que enfrentó a los grupos que intentaban imponer un modelo de dominación vinculado al bloque soviético frente a las FFAA defensoras de los valores tradicionales del país. En esta supuesta guerra el triunfo de las FFAA habría permitido el retorno democrático. En palabras del general Hector Ríos Ereñú, jefe del ejército entre 1985 y 1987:

(...)hubo que defender valores esenciales y eso se hizo a costa de una guerra. (...) esta guerra se ganó en el campo de batalla y se perdió políticamente porque el Proceso no logró los objetivos que había anunciado(...) Si nosotros consideramos que nuestra guerra ha sido totalmente justa, totalmente legítima, porque el interés nacional estaba en juego, a muchos de mis camaradas les cuesta hoy aceptar que haya un cuestionamiento a ese proceder⁴⁷.

Interpretaciones como la anterior ponen en evidencia la escasa permeabilidad de algunos entrevistados frente a las ideas democráticas que hegemonizaron el discurso público elaborado por políticos e intelectuales en los años que siguieron al retorno del orden constitucional. Este grupo continúa percibiendo que la violencia fue un recurso válido a la hora de resolver el conflicto en los años '70. Ni las consecuencias de la más violenta dictadura, ni el retorno democrático, constituyeron hitos capaces de modificar la lógica autoritaria que había guiado su relación con la política.

Para otro de los entrevistados la represión se justificaba en el famoso decreto de 1975 firmado por el gobierno constitucional y que ordenaba aniquilar a la subversión:

(...) hay un bando y otro bando. Si a vos te dan un decreto que te diga combatir a tal cosa, vos vas a matar o morir. Isabel Perón firmó aniquilar la subversión. El decreto de Isabel Perón lo dice clarito. Quién se lo redactó, no sé. Si lo firmó por boluda, no sé. Pero decía aniquilar, entonces los militares aniquilaron⁴⁸.

Como subrayamos anteriormente varios de los entrevistados no respondieron sobre este punto. Algunos porque aseveraron no entender sobre el tema, otros porque según aseguraron no recordaban.

⁴⁷ *El Periodista*, N° 120, p. 8.

⁴⁸ H.P., 19 de julio de 2002.

P: después del 76 cuando asumen los militares, la junta militar, siguieron combatiendo a los guerrilleros. ¿A usted qué le pareció la forma en que los combatieron? ¿Le pareció bien que...?

R: es que no me acuerdo como fue...⁴⁹

P: Su opinión sobre como las fuerzas armadas combatieron a los grupos guerrilleros del 1976 al 1979, todo lo que hicieron...

R: Ay, eso. Eso sí que pasó pero no me acuerdo⁵⁰.

Resulta arriesgado dar una explicación concluyente a estos “olvidos”. Es cierto que la edad de los entrevistados pudo operar en ese sentido. Pero también cabría pensar que los resultados de diferentes investigaciones sobre los hechos ocurridos durante la última dictadura y sobre todo el informe presentado por la CONADEP, pusieron en cuestión la actitud de una amplia mayoría de la sociedad durante los oscuros años de la dictadura, de manera tal que recordar aquel periodo puede suponer un ejercicio de autocrítica que no todos los contemporáneos pueden o desean realizar.

R: Y, quizá el pueblo en ese momento... Videla representaba... como una tranquilidad porque veníamos desgastados de tantas maniobras y de tanta incapacidad, no. Y de pronto,... pensando que era algo transitorio, era como que Videla venía a recomponer un poco las cosas. Después ya...

P: ¿Y hoy qué piensa?

R: Y que fue un desastre, tremendo, espantoso.

P: ¿Cuál es su opinión sobre la forma en que las Fuerzas Armadas combatieron a los grupos guerrilleros entre 1976 y 1979?

R: Y me parece que teniendo ellos toda la fuerza como tenían podían haber combatido, sin necesidad de haber hecho tanta matanza,... tanto desastre como hicieron. Ellos tenían la fuerza, podían haber actuado de otra manera, teniendo todo eso. No! Me pareció espantoso y me sigue pareciendo espantoso⁵¹.

Este tipo de reflexión es una excepción. En términos generales, la mayoría de los entrevistados rechaza la metodología represiva sin separar la posición asumida frente a los hechos en el momento en que se producían y su reinterpretación desde el presente.

Los sucesos de la década de 1970 constituyen para muchas personas recuerdos de difícil reconstrucción. Para algunos, la dificultad está dada por haber sido víctimas directas de lo ocurrido

⁴⁹ V.H., junio de 2002.

⁵⁰ D.G., 13 de junio de 2002.

⁵¹ A.I.L., junio de 2002.

P: ¿Sobre la acción guerrillera de los montoneros y el ERP antes de las elecciones del '73?

R: Ponés el dedo en la llaga. Estuve... siempre estaba en contra de eso, de la acción eh... de la acción eh... guerrillera de la parte violenta. Estaba de acuerdo con la parte ideológica, pero no con la parte de violencia. Entendámonos, eh.

P: Bien.

R: El marido de mi hija mayor murió en Tucumán [silencio]. Estaba en el ERP.

P: Estaba en el ERP.

R: Mi familia fue muy signada por ese movimiento. Yo tuve tres hijos presos, mi hija, la que después se fue a Suiza, estuvo desaparecida ocho meses en la Cacha. Eh... torturada, picanada, se salvó de la violación [su voz se carga de dolor], no como otras compañeras de ella. Este...y bueno mi otro hijo no apareció nunca, chicos que estudiaban en La Plata, bueno que estaban sí en la JUP, viste, iban a las reuniones. Mi hija que estaba en quinto año de medicina iba a las villas a hacer obras, así digamos ayudar a la gente, enseñarles a las mujeres cómo no tener tantos hijos, cuestiones de higiene, bueno.

P: Y el golpe del '76 obviamente...

R: [Silencio] En enero del '77 secuestraron a mis dos chicos, de acá, Patricia y Jorge. Los llevaron juntos, estuvieron acá en el [¿] antiaérea. A Patricia la llevaron a La Plata y a Jorge, lo único que supe es por la declaración de un chico que estuvo en el pozo de Banfield, es que en el año '79, eh... nombra a fulano, zultano, mengano, Jorge ..., que estaba muy deteriorado física y psíquicamente. Y ahí te puedo asegurar es cuando yo realmente me desesperé y hubiera preferido saber que mi hijo al día siguiente que se lo llevaron de acá, lo mataron de un tiro en la cabeza, hubiera preferido eso, porque sabiendo las cosas que tuvieron que vivir. Que dos años vivió, vivió mi hijo, eso es hasta el día de hoy que a mí me, me encoge el corazón [sus ojos se llenan de lágrimas. Se produce un silencio profundo y angustioso tanto para la entrevistada como para mí]⁵².

El testimonio nos muestra otra cara del proceso desde el costado más doloroso de quien vivió la represión como propia. Al mismo tiempo, situaciones como ésta ponen de manifiesto el carácter activo de la entrevista al generar una reconstrucción del pasado vivido, que es tanto el resultado de las experiencias personales como del condicionamiento que ejercen los procesos generales de reinterpretación del pasado y el encuentro con el entrevistador.

Vinculado a la condena mayoritaria a la represión, el juicio a las juntas militares tuvo el más alto porcentaje de apoyo entre los entrevistados (70%). En sus recuerdos, constituye el hecho más importante del gobierno de Alfonsín. Sin embargo, es de hacer notar que es ensombrecido por el impacto negativo de las posteriores leyes de Punto

⁵² M.E.P.C., 14 de junio de 2002.

Final y Obediencia Debida. Si bien es cierto que estas leyes no fueron aplicadas a los comandantes sentenciados en diciembre de 1985 y que estos fueron liberados por los indultos que el presidente de la República, Carlos Menem, firmó en diciembre de 1990, el impulso democrático representado por los juicios ha quedado en la memoria de los entrevistados íntimamente unido a las leyes posteriores, interpretadas como un claro retroceso en el proceso de esclarecimiento de los hechos del pasado dictatorial. En este sentido, resulta interesante la justificación del rechazo a los juicios que hacen algunos entrevistados, que no proviene del apoyo a los militares sino de la desconfianza respecto al alcance real de los procesos judiciales.

P: ¿Y el juicio a las juntas militares que se hizo bajo el gobierno de Alfonsín?

R: (...)No estoy de acuerdo.

P: ¿No estuvo de acuerdo con el juicio?

R: No, no porque eso fue todo una farsa eso. Para mí fue una farsa.

P: ¿Por ese motivo no está de acuerdo, no por el hecho que se los enjuicie, sino porque le pareció una farsa?

R: Sí, claro.

P: ¿Y el juicio a las Juntas Militares en el gobierno de Alfonsín? ¿Qué le pareció?

R: Eso es todo... todo esos juicios, eh.... son payasadas más que otra cosa.

P: ¿Le parecieron mal?

R: Eh...es que... no hacerlos era lo mismo⁵³.

P: ¿Y el juicio a las juntas militares bajo el gobierno de Alfonsín?

R: Y a la final ¿qué me va a parecer? malo porque al final no hicieron ni una cosa ni la otra, pura promesa⁵⁴.

Aunque el haber procesado a los jefes del régimen dictatorial que tomó el poder en 1976 haya sido percibido como el principal logro del gobierno de Raúl Alfonsín, en las memorias de varios entrevistados este hecho -que en buena medida no fue vinculante con un castigo efectivo a los represores- subsiste como una de las frustraciones que cerraron la década de 1980.

Percepciones, memoria y olvido

yo siempre...estuve por los gobiernos constitucionales.

⁵³ J.D.M., 15 de junio de 2002.

⁵⁴ A.P., 17 de junio de 2002.

Ese hecho [el derrocamiento de Frondizi] que luego fue repetido era un acto más de barbarie, puesto que para el Ejército, para las Fuerzas Armadas, la Constitución era un papel en blanco. Actuaron como siempre.

Porque cada vez que había un golpe de estado íbamos para atrás. Porque si iría el país para adelante, fenómeno. Pero resulta que nunca subió, como quien dice, las patas a las ollas.

Y [el golpe de Frondizi] me pareció mal, me pareció mal. Pero ahí también qué va a hacer uno, diez mil, si los tipos tenían las armas, tenían todo.

El día que lo sacaron a patadas a un presidente [Illia]... ¿Cómo vas a querer a un militar?. Son arrogantes!.

Onganía... Ese fue el que quería la colonia⁵⁵.

Los testimonios ponen de manifiesto la relación, a veces conflictiva, entre la experiencia de los entrevistados y la revalorización de la democracia luego de los oscuros años de la dictadura militar. La reconstrucción del pasado sería resultado de la tensión existente entre estos dos elementos. Sólo a partir de un análisis apegado a las percepciones del individuo puede comprenderse cómo la gente común enfrentó momentos críticos como los aquí estudiados.

Pudimos comprobar que cuanto más fuerte es el compromiso político de los individuos, mayor presencia tienen las disputas políticas del pasado en sus percepciones. En cualquier caso, la heterogeneidad de las opiniones reduce claramente la posibilidad de realizar generalizaciones.

Para el golpe de 1955, la dicotomía peronismo-antiperonismo mantiene toda su fuerza, haciendo imperceptible el impacto de la revalorización democrática. Al rechazo obvio entre los peronistas encontramos la justificación de los antiperonistas. Aún hoy, los antiperonistas consideran que en ese momento las FFAA fueron un actor, si no legal, legítimo para intervenir, poner orden, procurar “normalizar” las situaciones políticas, justificando comportamientos completamente anormales en relación con el funcionamiento de un régimen democrático ideal.

⁵⁵ Cada uno de los epígrafes corresponde respectivamente a B.G., junio de 2002; B.M de Q, junio de 2002; J.B., 4 de julio de 2002; J. T., 5 de junio de 2002; M.B., 14 de junio de 2002; N.R., 19 de junio de 2002.

Frente a los golpes de estado de la década del 60' los entrevistados manifestaron un rechazo mayoritario. Sin embargo, esto no implica automáticamente una reconsideración del rol político otorgado a las FFAA, pues lo que se rechazaba era el golpe de estado contra un presidente en particular. Por lo cual, aún cuando los presidentes derrocados fueron revalorizados –y esto, particularmente, en el caso de Illia-, no existía una condena a los golpes como interrupción de la institucionalidad democrática. De allí que consideramos que el impacto del discurso democratizador post '83 fue, en estos casos, inacabado.

Ese discurso penetró más en la percepción sobre la coyuntura de 1976, en la que al mismo tiempo existe una tendencia a aprobar el golpe a partir del desgobierno previo y a separarlo del plan represivo ejecutado. Muchos entrevistados dijeron condenar la violación de los derechos humanos aun cuando justificaron la toma del poder por los militares. Otros, reprodujeron los discursos elaborados por los militares en la década del '80 para justificar su accionar represivo. Este tipo de discursos, elaborados a partir de la memoria de los ciudadanos comunes, muestran junto con la decepción causada por la exculpación de los represores, los límites de la revalorización democrática.